

EL HERALDO DE MAZARRÓN

PERIÓDICO SEMANAL INDEPENDIENTE

AÑO V

10 DE JUNIO DE 1903

NÚM. 220

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MAZARRÓN: Un mes. 0'50
FUERA: Trimestre. 2'00

Toda la correspondencia al director

DON GABRIEL LORCA NAVAS

Reclamos, anuncios y comunicados

a precios convencionales.

PAGO ADELANTADO

A los partidarios mineros

Agobiada la industria minera por la pesadumbre de unos estúpidos é inmorales impuestos; dificultado el laboreo de minas por el excesivo precio y pésima calidad de los explosivos; imposibilitadas las empresas industriales de ensanchar su esfera de acción por los crecidos tipos que pagan á las propietarias, hácese preciso adoptar una solución radical y pronta, que libre á la minería de las trabas que dificultan su desenvolvimiento, al propio tiempo que se busca un medio de dar ocupación á los numerosos obreros que vagan forzosamente.

Recurrir á los representantes en Cortes de los distritos mineros para que eleven su voz en el palacio de la Representación Nacional en demanda de piedad, de consideración, de respeto, de apoyo ó de protección para la industria, es inútil.

Hacer patente en la prensa de todos los distritos mineros la angustia de la minería y como consecuencia de ello el hambre que padece la clase obrera dedicada á estos trabajos, ha resultado inútil.

Inútil ha sido la tenaz campaña iniciada por la prensa, mantenida en los centros oficiales, en la conversación íntima, en el caserío, en el bufete, en todos los centros. Nadie acude en auxilio de una industria que agoniza, de una industria que para ponerse en condiciones de obtener alguna utilidad se provee diaria y continuamente de nuevos y costosos aparatos dando facilidades y acrecentando el negocio y porvenir de otras manifestaciones del progreso.

Y mientras los gobiernos la esquilmán; cuando los monopolios la arruinan; cuando las propiedades mineras la agobian, originando la desesperación de los partidos y el despido de operarios que pasean su desnu-

dez y su hambre, sólo vosotros aguantáis con estóica resignación tal cúmulo de desdichas, sin que nadie acuda en vuestro auxilio.

¿Puede continuar este estado de cosas? Indiscutiblemente, no. Para que cese hay que recurrir á medios heroicos, á jugarse la última carta y sólo atraeréis hacia vosotros la atención de esos políticos que en los «budoirs» de algunas encopetadas damas, en las «garden partys», en las fiestas del automovilismo y en las carreras de caballos desperdician un tiempo que es precioso á la vida de la industria minera, dando una prueba de que estáis dispuestos á todo antes que consentir que por causas que deben ser ajenas al negocio, por la incompetencia de los encargados de velar por la industria nacional, por la codicia de las empresas propietarias, por la inmoralidad del monopolio de los explosivos se libre vuestra ruina y queden sumidos en el mayor desamparo miles de miles de obreros.

Emplead el principio homeopático «*Similia similibus curantur.*»

La huelga se combate con la huelga, la ruina con la negativa al pago; la codicia con el abandono de los negocios.

El estado que se produzca durará poco. Atemorizado el gobierno fijará su atención en algo de más entidad y provecho que los numerosos proyectos de ley que no se han de discutir, á pesar del interés que en ello tienen sus autores, y acudirá en auxilio de la minería. La empresa monopolizadora de explosivos venderá á más razonable precio la pésima materia que hoy vende como dinamita y pólvora; las empresas propietarias cederán algo de su tanto por ciento.

A vuestra espalda, apoyando vuestras pretensiones, habrá miles de obreros, sus mujeres,

sus hijos que pedirán pan y trabajo.

Hacedles ver á éstos que no se *costean* las minas; que el sacar á la superficie un quintal de plomo cuesta en este distrito minero seis pesetas y algunos céntimos, y lo demás es facilísimo.

Quando el Estado se convezna de que no tiene impuestos que cobrar, la empresa monopolizadora de explosivos, que no puede vender lo que fabrica y los propietarios que no hay dividendos que percibir veréis como ceden.

Y sobre todo, no olvidar la fuerza y el valor de diez ó doce mil criaturas en cada distrito minero que piden pan.

RÁPIDA

Allá, lejos, muy lejos, al final de la recta y polvorienta carretera se extendía el pueblecito de casas morenas como los curtidos rostros de los labradores que le habitaban.

Atardecía, el viejecito con su andar penoso no llegaría antes de la noche, y la llegada representaba el término de sus afanes, la cesación de sus fatigas. El lo sabía; como había de llegar! ¡si tuviera sus piernas de joven, pero ahora! Y un estremecimiento convulsivo crispaba sus nervios, porque tenía miedo de quedar tendido en aquella carretera tan larga, de los lobos del vecino monte, de las lobregueces de la enemiga del día y del hambre que ya empezaba á hacer presa en su débil naturaleza.

Sus cansados ojos veían el pueblo siempre á la misma distancia, como si sus pies no adelantasen ó como si la carretera retrocediese ante el mandato invencible de algún genio su enemigo.

Las sombras comenzaban á hacer retroceder al sol que se escondía tras de la sierra con la cara roja de vergüenza y el viejecito temblaba, amentando su terror la oscuridad y el silencio.

De pronto el áspero rodar

de un carro interrumpió su penosa meditación:

«¿Qué estáis subiendo ahí, dijo el carretero.

Aquella voz sonó en los oídos del anciano con la melodía de música inefable, disipadora de sus tristezas; una sonrisa y una lágrima brillaron á la vez en su arado rostro, mientras se perdía en el espacio el enérgico jarrel del carretero...

SANSON CARRASCO.

Laboremos

Acababa yo de departir con un amigo mío sobre muchas y variadas cosas que afectan al sensorio común. No discutíamos, coincidíamos.

Había salido á relucir algo referente á lo que hemos dado en llamar «europeización», y conversábamos en que, no todos, ni los más siquiera de los caminos que se señalan con cierto entusiasmo son los mejores. Algo que está en nuestras venas es el principal enemigo, y no se cambia de golpe y porrazo la manera de ser de una generación, pese á toda la buena voluntad de unas cuantas almas generosas y de contados espíritus ávidos de regeneración positiva y verdadera.

Solemos dar capital importancia á lo que debiera figurar, cuando más, en segundo término al paso que desalentemos cosas de indudable valer, que habrían de preparar la tan decantada renovación de los caducos é inservibles procedimientos. Por la vía de la ciencia y del arte, de la sabiduría y del sentimiento, vendrán aires confortables del moderno vivir, oxígeno salvador del que carecemos ó andamos escasos por apatía y mal gusto, por desidia y vulgaridad. Las corrientes se han iniciado, y el espíritu observador nota el fundamento de la creencia apuntada.

—¿Quiere usted presenciar una cosa buena?—me interpele mi amigo.

—¿Buena, en qué sentido?

—En el sentido de lo útil. Venga usted.

Le seguí.
Una explanada regular, acá y allá calderas, artefactos propios de la industria, hierros y mas hierros. A los lados, contrastando ó si se quiere armonizando el conjunto, plantas y flores junto al

muro que cierra la extensión. En el centro una gran balsa llena de petróleo, alquitrán y trementina. No muy distante, una gran pila de borras de algodón, más allá otra de maderas, rociado todo de líquidos inflamables... Me sorprende ver el genio que discurre alrededor del espacio señalado... En balcones y ventanas de las casas contiguas, muchas cabezas asomándose, muchos rostros atisbando... El sol caliente de lo lindo, la variedad de tonos en los trajes y sombrillas que las señoras lucen presen colorido y atraen las miradas... Algunos muchachos trepan por la pared, otros se suben á los generadores de vapor allí esparcidos... ¿De qué se trata?

A una señal convenida son encendidas las pías de leña y de algodón, de las que hacen presa las llamas; á poco se aplica fuego á la balsa, y una formidable columna de negrísimo y espeso humo se levanta con fuerza... Todo el mundo se aparta... De pronto veo á un hombre coger una pequeña manguera que pende de un pequeño aparato portátil... sale un chorro relativamente insignificante, pero de gran presión... El humo se blanquea como por ensalmo, á los pocos segundos desaparece, y al minuto escaso no hay llamas, ni chispas ni nada...

La multitud aplaude; aquel hijo del trabajo se sonríe, y sudoroso, respirando entre emocionado y satisfecho, saluda con leves inclinaciones de cabeza...

Media hora después aquel hombre modesto, sencillo, todo alma contábase la ojeada de su invención. Decíame, casi con lágrimas en los ojos algo por este estilo.

«—Mire V; fuera de la que produce una aspiración constante y una inquebrantable fe, es esta la única satisfacción que encuentro en largos años de sacrificios é inquietudes... Me cuesta eso muchas canas y muchos cuartos... Soy bombero me dediqué á la mecánica... trabajé mucho... me gustó siempre la química... Mas de cuatro veces, al acudir, escucho de mi deber, á la extinción de un incendio, pensé: ¿cuántos no se podrían evitar teniendo disponible algo que lo atajase de momento y sin peligro? Lo que se ha inventado no basta; el resultado fue siempre negativo... Un día que en un siniestro hubo de ver cómo morían abrasados dos niños juré no cejar en mi empeño... Y un año, y otro, y otro; y todos mis ahorros en cálculos y pruebas